

está completamente probada. Los ingleses creían cosa muy sencilla el suprimir á la llamada una aclaración añadida al tratado por la emperatriz antes de que supiera nada todavía del otro tratado de Westminster, y borrarla precisamente cuando á la sazón no solo estaba enterada de él, sino que todo el mundo sabía en la corte el sentido que le había dado, y cuando á mayor abundamiento el gabinete inglés acababa de recibir una declaración enérgica del embajador ruso príncipe Gallitzin en la cual calificaba el convenio hecho

por Inglaterra con la Prusia como una violación del tratado anglo ruso; negando además á la Inglaterra decididamente el derecho de celebrar convenio alguno con la Prusia sin el consentimiento de la emperatriz de Rusia. No dió ninguna importancia el ministro inglés Holderness á esta comunicación, que creía muy ufano haber pulverizado con las razones á su juicio convincentes que dió al embajador ruso probándole como dos y tres son cinco que la emperatriz se equivocaba. Estaba además convencidísimo de que su embajador



en San Petersburgo acabaría por dispersar esta nubecilla, pues que encontraba á todos los individuos de la corte rusa con las manos abiertas y de consiguiente con el corazón bien dispuesto; y la emperatriz y los ministros le trataban con tanta amabilidad, que era de todo punto excusado maliciar segundas intenciones, é intrigas falaces. Por otra parte el primer ministro principal Bestusheff era un amigo probado y sincerísimo de Inglaterra; le obligaba á serlo su propio interés; como que en el mes de julio se lamentó con Williams de que su paga de 7,000 rublos anuales no le bastaba para nada y le dijo que si el rey de Inglaterra le diera una pensión anual de 2,500 libras esterlinas (62,500 pesetas) se dedicaría en adelante por completo á servir sus intereses. En

efecto en 8 de agosto le concedió el gobierno inglés, siempre confiado, esta pensión á propuesta de su embajador Hanbury Williams.

Este diplomático era demasiado inocente para el mundo material y egoísta de la diplomacia. Kaunitz, el gran canciller de María Teresa, dijo una vez, que eran innumerables las cosas que pasaban sin que los diplomáticos ingleses llegasen á saberlas. Si esta observación se podía aplicar á alguien, era por cierto al embajador Hanbury Williams. El conde Esterházy era su amigo íntimo y le comunicaba muy solícito todo cuanto podía excitar su curiosidad. ¿Cómo un hombre tan confiado como Williams había de sospechar que un amigo tan íntimo, bonachón y hablador no solamente no

le diría todo, sino que le callaría adrede lo que más le importaba saber? El 5 de abril asistieron ambos amigos á una fiesta de palacio; allí habló la emperatriz con el embajador inglés tan afectuosamente, con tanta ingenuidad, que no tuvo ni la más remota sospecha de que aquella misma emperatriz pudiera haber organizado un momento antes, como realmente había organizado, un complot con los que él creía sus mejores amigos, es decir, con Esterházy, Bestusheff y Voronzoff, del cual no llegó á saber absolutamente nada.

Desde la primera conversación que tuvo Esterházy con la emperatriz y sus dos cancilleres sobre el giro súbito que el gobierno inglés había impreso con su tratado de Westminster á la política que había seguido hasta entonces (1), se estableció tan grande intimidad entre Esterházy, la emperatriz y sus dos ministros, que pudo el primero comunicar á estos últimos, por supuesto á condición de guardar el secreto, que el Austria estaba pronta á firmar un tratado de alianza con Francia dirigido contra la Prusia, si Rusia quería adherirse á él. En este caso, con la alianza de Francia y Rusia, supuesto que las negociaciones con Francia tuvieran buen éxito, estaba decidida la emperatriz María Teresa á reducir los dominios del enemigo común, y arrancarle otra vez la Silesia para cuyo objeto tenía dispuestos 80,000 hombres. Esterházy preguntó, pues, á la emperatriz Isabel si por su parte estaba también preparada para atacar á la Prusia. A esto el canciller Bestusheff, el mismo que con tanta cortesía se embolsaba el dinero inglés trabajando contra la Inglaterra, contestó á nombre de su soberana que el Austria podía contar con la Rusia tanto si llegasen á buen fin las negociaciones con Francia como si no llegasen. La emperatriz, decía, que desde tres años antes se estaba preparando para esta contingencia de acuerdo con la Inglaterra, y que el haber esta abandonado repentinamente la causa común uniéndose con su enemigo, no era motivo para hacer cambiar á la emperatriz de propósito. Por el contrario, cabalmente estaba á punto de proponer á la emperatriz María Teresa una alianza ofensiva; y si le ofrecía su auxilio, no era solo con el objeto de alcanzar ventajas particulares sino aun á riesgo de sufrir perjuicios. En igual sentido y más apasionadamente se explicó también el vice-canciller Voronzoff.

Estos fueron los preliminares y prólogo de grandes y minuciosas negociaciones sobre un vasto plan de guerra y repartimiento de territorios dirigido contra la Prusia, plan que fué comunicado por el embajador austriaco á su gobierno en una extensa relación de fecha 22 de abril.

En 9 de abril (según el calendario antiguo y 20 del mismo mes según el moderno) entregaron los dos cancilleres rusos al conde de Esterházy una nota cuya sustancia era: que la condición principal de todas las disposiciones que se adoptasen en común consistía en no perder tiempo, en proceder con prontitud; que la guerra había de continuarse hasta que Austria hubiese reconquistado la Silesia y Glatz, y hasta que la provincia de Prusia (de donde viene el nombre de toda la monarquía) hubiese sido cedida á la Polonia, la cual cedería en cambio á la Rusia la Curlandia, la Ermlandia y algunos distritos para redondear las fronteras; que una vez abierta la campaña y empezadas las operaciones debía invitarse á la Sajonia y la Suecia á entrar en la alianza, prometiendo á la primera la plaza y el distrito de Magdeburgo, y á la última la Pomerania prusiana; y por último que debían principiar las hostilidades en el mes de agosto, por cuyo motivo no había que perder tiempo en la discusión del plan de guerra y número de tropas que habían de ponerse en campaña (2).

(1) Véase la Relación de Esterházy del 23 de febrero en Ranke.
(2) Conde de SCHULENBURG. Algunos documentos nuevos relativos

Se ve, pues, que el gobierno de San Petersburgo se había salido ya del cuadro que trazaba el convenio de 1746, y había ido mucho más allá, sin la más pequeña provocación de parte del rey de Prusia. Ya no se hablaba de defenderse contra un ataque de este último, sino que se preparaba una sorpresa formidable contra el vecino que no sospechaba ninguna traición (3). Sin aguardar siquiera el resultado de las negociaciones con el gabinete de Versalles, las dos emperatrices fijaron el modo de repartirse la monarquía prusiana, no dejando á Federico siquiera lo que había heredado, ni tampoco el Estado tal como era en vida del gran elector. Lo más notable y lo más importante para formar juicio exacto de estos sucesos es que el gobierno ruso en ningún documento presentó queja alguna especial contra la Prusia, y sin embargo se mostraba decidido á hacerle la guerra por su propia cuenta en el caso de que los gobiernos de Francia y Austria prefiriesen seguir otra política. Así, aun más claramente que de la nota del 20 de abril, resulta de un documento que se halla en el archivo de Voronzoff, en el cual se dilucida cómo debía proceder la Rusia en el caso de que el Austria negara su cooperación al plan por temor de una diversion francesa á favor de la Prusia. En este caso se dice que la Rusia obraría por sí sola y trataría de conseguir por la vía diplomática la neutralidad de Francia, el permiso de la Polonia para el paso de las fuerzas rusas por su territorio y la inmovilidad de la Suecia y la Turquía, con lo cual se consideraba seguro el éxito. Se ve, pues, que la emperatriz de Rusia, en su ignorancia, creía tan fácil una guerra con la Prusia, como posteriormente se la figuraron los príncipes electores eclesiásticos del imperio alemán contra los descamisados franceses de la revolución; con la diferencia de que el gobierno ruso no se equivocaba como aquellos cuando contó con la impenetrabilidad de sus fronteras.

Esta última seguridad era cabalmente lo que faltaba al Austria. Al canciller Kaunitz parecieron las noticias del embajador austriaco en San Petersburgo «muy satisfactorias y superiores á todas sus esperanzas;» pero la indomable impaciencia de los rusos que querían empezar la guerra inmediatamente, le pareció cosa por demás grave. En esta disposición de ánimo dió en 22 de mayo nuevas instrucciones al conde de Esterházy, que nos revelan con sorprendente fidelidad las intenciones de los provocadores de la guerra de Siete Años. Encarga en este documento al embajador que asegure al gobierno cerca del cual estaba acreditado, que Austria se interesaba en cuerpo y alma en todo cuanto se refería á la «gran idea,» y acogía con alegría sincera la intención de los rusos de dedicarse activamente á la desmembración de la monarquía prusiana, pero que sin la adhesión de la Francia creía demasiado peligrosa y hasta imposible la empresa, «porque si no se contaba con esta potencia, no solamente Francia misma, sino también la Inglaterra y otras naciones prestarían á la Prusia su auxilio enérgico, y la empresa resultaría infaliblemente en daño de Austria y de Rusia, haciéndose además imposible para siempre.»

Veamos ahora hasta dónde habían llegado las negociaciones con Francia. En 1.º de mayo habíase firmado en Versalles un convenio entre esta potencia y el Austria, cuya historia explicaremos más adelante, pero cuyo tenor no satisfacía de ninguna manera al canciller austriaco, porque se limitaba al caso de un ataque de parte de la Prusia contra

á las causas de la guerra de Siete Años y á las alianzas á que esta dió lugar. Leipzig 1841, pág. 35 y 36.

(3) Ya veremos más adelante que precisamente estaba muy bien enterado y alerta. (N. del T.)

el Austria, y excluía terminantemente el de planes agresivos del Austria. Convenía pues no detenerse allí so pena de no adelantar nada, y para salir del atolladero podía prestar muy buenos servicios la Rusia si enfrenaba su humor belicoso y quería hacerse útil diplomáticamente. Para obtener este resultado encargó Kaunitz al embajador que procurase persuadir á la corte de Rusia, al comunicarle el convenio de Versalles, de la conveniencia de indicar al gobierno francés su disposición á favor de una reconciliación con la Francia y del restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre ambas cortes, «si la de Francia entrara en el *gran proyecto*; con lo cual daría la base para una confianza mutua y una buena y verdadera inteligencia.» Despues añadía la instrucción literalmente: «De esta manera quedaría abierta la puerta para acercarse mas ó menos, á voluntad y segun la propia conveniencia, á la corte francesa, que por su parte con esta aproximación de la Rusia se vería inducida á mostrarse mas accesible al *gran proyecto* y á no tener tanta consideración al rey de Prusia que es la causa principal de las dilaciones actuales y lo será tambien de las venideras. Sentimos mas que todo el tiempo que se pierde y no dejamos de conocer cuánto urge la rápida realización del plan á fin de evitar todas las contingencias imprevistas, y no dar ocasión ni al rey de Prusia ni á la corona de Inglaterra para prepararse convenientemente. Sin embargo por feliz curso que tenga nuestra actual negociación que ahora está en su período mas crítico, no es posible que llegue á terminarse segun todas las apariencias antes de algunos meses, y en este caso ya habría pasado demasiado tiempo para concentrar el ejército en este año, ponerlo en marcha y dar comienzo simultáneo á las operaciones, que de consiguiente habrían de quedar aplazadas hasta la primavera próxima. Entre tanto habría que encubrir nuestro juego y disipar por medios convenientes las sospechas que Inglaterra y Prusia ya han concebido, teniendo nuestro propósito secreto hasta la explosión verdadera. A esto puede contribuir la corte de Rusia con su conducta y sus explicaciones con tanta mas eficacia cuanto que Prusia é Inglaterra la observan mas, y nada hostil sospecharán de nosotros mientras los rusos no adopten una resolución decisiva.»

Estas palabras revelan el fondo del secreto de las dos potencias conjuradas para arrojar sobre el rey de Prusia, y dan á conocer el inmenso disgusto que debió de causar á la corte de Viena ver que Federico II no aguardó el ataque del Austria, y con un golpe de mano decisivo, se adelantó á la definitiva union de sus dos rivales. Federico en efecto, vió que no estaba ya en su mano evitar la guerra. Sabía que el ardor belicoso de los rusos llegaba hasta prescindir de lo que hicieran Austria y Francia, y que el influjo de éstas se reducía únicamente á fijar el momento mas oportuno para atacar; comprendía tambien que procediendo los rusos al ataque, había de imitarlos Austria, ya le conviniera entonces, ya no lo creyera tan conveniente; y si la corte de Versalles, iniciada en el plan de ataque de las potencias conspiradoras, calificaba de crimen la agresión súbita del rey de Prusia, sería señal evidente de que tambien la Francia buscaba un pretexto para asociarse á los enemigos de Federico II. Otras pruebas tendremos, además de esta, de las intenciones de la corte de Versalles

IV.—KAUNITZ, BERNIS Y LOS TRATADOS DEL 1.º DE MAYO DE 1756

En el mes de agosto de 1755 quedó decidida ya en Viena la cuestión de paz ó guerra á favor de esta por una circunstancia al parecer imprevista. En 16 de agosto resolvió el

consejo secreto del imperio guardar estricta neutralidad en la guerra terrestre inminente, y el 21 del mismo mes acordó el mismo consejo la guerra ofensiva contra la Prusia con la cooperación de la Rusia y Francia para la primavera inmediata á mas tardar. El conde de Kaunitz había asistido á uno y otro consejo; no habían ocurrido nuevos sucesos ni cambio ninguno en la situación general; de suerte que parece á primera vista incomprensible semejante contraste de pareceres y cambio tan súbito de resolución. Sin embargo es evidente que la emperatriz y Kaunitz, ya que no los demás consejeros, jamás tomaron por lo serio lo de la neutralidad, y convencidos de que la guerra terrestre era inevitable, se adhirieron en el primer consejo á la neutralidad con una segunda intención que tenía sus motivos muy claros y poderosos aunque secretos.

La resolución de neutralidad tomada en la sesión del 16 de agosto había sido precedida de negociaciones con Inglaterra durante muchos meses. Estas negociaciones tendían á que Austria se encargara de la guerra con Francia para cubrir la Bélgica y el Hanover por aquel lado, mientras nada se decía de los sacrificios que debiera imponerse la Inglaterra. A ellas puso fin la sesión secreta del consejo de Estado del 16 de agosto á la cual asistieron el emperador de Alemania, su esposa, la reina de Hungría y de Bohemia, y todos los miembros del consejo, resolviendo: «que si bien era grande la desgracia que amenazaba á la Bélgica y al Hanover, sería todavía mayor la que semejante guerra causaría al Austria; y como la prudencia aconsejaba elegir entre dos males el menor, era preferible no tomar parte en la guerra continental inevitable ya, y abandonar á la Bélgica á su suerte, antes que exponerse á la ruina completa debilitando las fuerzas disponibles por socorrer á la Bélgica.»

Esta resolución tenía dos partes enteramente distintas: primera renunciar á la Bélgica si la Francia la invadiese, y segunda no tomar parte en la guerra que amenazaba; ambas resoluciones sin embargo suponían la separación del Austria de la política inglesa que iba dirigida á la guerra con Francia.

Esta separación de la política inglesa, para poder en cambio acercarse á la Francia, debió de ser el objeto de Kaunitz y de su soberana, porque solo en favor de este objeto podían avenirse al sacrificio eventual de la Bélgica; pero nunca debieron de tener la menor intención de quedar neutrales, y si se avinieron á la neutralidad, no pudo ser mas que en apariencia para no espantar al emperador y á los ministros que no querían la guerra, y se separaban ya con harto sentimiento de la alianza con Inglaterra. Una vez hecha esta operación estaba dado el gran paso, y el canciller Kaunitz presentó inmediatamente un cuadro muy distinto de la situación de Europa y de lo que reclamaba la del Austria, cuadro que seguramente no se había presentado á su imaginación tan repentinamente como él lo pintó al emperador y á los ministros en 19 de agosto. De otro modo tendría que admitirse una de dos cosas: ó las razones aducidas en esta última conferencia contra la neutralidad adoptada tres días antes eran una pura superchería, ó existían ya antes del 16, y en este segundo caso era evidente que el canciller y la emperatriz no las habían hecho valer para alcanzar por lo pronto la primera resolución indispensable para sus planes, el divorcio con la Inglaterra. Toda la exposición de Kaunitz, con su edificio retórico de suposiciones, premisas, consecuencias, motivos y conclusiones, que presentó, estaba evidentemente preparada desde larga fecha en todos sus pormenores, aguardando solamente el momento favorable tan deseado para producirla. Este momento había venido con la separación de la alianza inglesa, tan apreciada

y venerada en el seno del gobierno austriaco, que á la sazón había recobrado su libertad de acción y se hallaba en aquella disposición, que en la química se llama el estado naciente, en que se entra con asombrosa facilidad en nuevas combinaciones quizás radicalmente opuestas á la que se acaba de abandonar. Era el mismo plan antiguo, convenido con la emperatriz, que había llevado Kaunitz años antes á Paris, y que despues de una desviación momentánea, había vuelto á Viena, donde se había aplazado su realización algunos años por no ser propicio el tiempo. Entonces volvía á ponerse sobre el tapete, porque la guerra marítima entre las dos potencias que habían hecho la paz de Aquisgran á expensas del Austria, había creado una situación tan propicia, que quizá no volvería á presentarse otra mejor: observación que por cierto no debió de ocurrir á Kaunitz el 19 de agosto por primera vez.

La exposición que presentó á la conferencia del 19, ha encontrado dos analizadores, Arneht y Beer (1), cuyos escritos dan á conocer con suficiente seguridad, que las consecuencias que sacó Kaunitz de sus premisas, aunque en lo principal eran exactas, no se deducían lógicamente de estas, antes se hallaban con ellas en contradicción flagrante. No podía ser de otra manera, porque su objeto era presentar como forzosa una guerra ofensiva para la cual no existía motivo alguno. Este es el punto capital que se debe tener muy presente cuando se quiere saber quién fué el autor moral de los horrores que llevó consigo la guerra europea de Siete años.

En la exposición del conde de Kaunitz son interesantes las consideraciones siguientes: «Francia no quiere guerra continental; quiere arreglar sola su duelo con la Inglaterra. Esta última tampoco quiere guerra continental, pues á no ser así, haría algo por los Países Bajos. Menos que nadie quiere guerra la Prusia, que contra su costumbre se estará «muy sosegada» con grandísima satisfacción de las potencias marítimas, mientras que la Francia sigue teniendo razones de mucho peso para no permitir que se cercene su poderío. De consiguiente ni la Bélgica, ni Hanover ni Austria tienen que temer ataque alguno; en una palabra, no amenaza ninguna guerra en el continente.»

Todo esto era exacto y cosa sabida de todo el mundo, cuando Kaunitz lo leyó al consejo; y aun el gobierno inglés había abierto los ojos y comprendía que hasta entonces había trabajado para alimentar la guerra, creyendo favorecer la paz general, y que para lograr la paz era menester cambiar de rumbo.

Ahora bien, si ni Francia, ni Prusia, ni Inglaterra querían la guerra, y evitaban todo lo que podía provocarla, ¿por qué la proposo Kaunitz al gabinete de Viena reunido en sesión solemne? A esta pregunta contesta él mismo en su exposición: porque es preciso aniquilar á la Prusia, y para ello se presenta una ocasión magnífica con solo que la Francia se deje vencer. La Prusia ha de ser desmembrada si la casa de Austria ha de vivir; porque aquella es un peligro permanente; siempre está en acecho y siempre pronta á precipitarse sobre su presa. A semejante adversario es preciso ganarle por la mano so pena de ser víctima de una sorpresa. Conviene, pues, no aguardar el ataque del enemigo hereditario; ni debe limitarse la venganza del vencedor á recobrar simplemente la Silesia que le fué arrebatada. Podría darse á la Suecia la Pomerania Anterior con Stettin; á la Sajonia, Magdeburgo; á la casa palatina Pfalz Cléveris, el condado de Mark; al Hanover el distrito de Halberstadt y al gran duque de Rusia

(1) Véase su trabajo sobre la política del Austria en 1755 y 1756 en la *Historische Zeitschrift*, tomo XXVII (1872), pág. 322-327.

un aumento territorial para su ducado de Holstein. Teniendo por aliados la Suecia, la Sajonia, el Palatinado, la Rusia y el Hanover (que por cierto es muy extraño que Kaunitz lo haga figurar aquí), es suficientemente fuerte el Austria para llevar á buen fin este plan grandioso, si Francia solamente se decide á dos cosas, á anular su alianza con la Prusia y á facilitar dinero que necesitará muy en particular la Rusia si tiene que poner en campaña 80,000 soldados. Solo falta que la Francia se avenga á un convenio de subsidios y podrá arrojarse sobre la Prusia un total de 250,000 hombres en la primavera de 1756.

No se atrevía pues Kaunitz á esperar que sacaría mayor partido de la corte de Versalles que una participación indirecta en su vasta empresa, pareciéndole ya un gran resultado la separación de Francia de la Prusia; pero tampoco necesitaba mas que esto y los subsidios franceses segun su cálculo para salir airoso. Para lograr este minimum de apoyo, tan modesto si se compara con lo que despues obtuvo, ofreció casi la misma compensación que posteriormente consintió en dar por el maximum de sus exigencias, á saber: la cesión al yerno del rey de Francia, el infante don Felipe de España, de los Países Bajos del Austria, para indemnizarle de sus ducados de Parma, Piacenza y Guastalla; el permiso al rey de Francia para ocupar las plazas de Ostende y Nieuport en el curso de la guerra, y su conservación indefinida, y finalmente el apoyo del Austria al príncipe de Conti en su candidatura á la corona electiva de Polonia.

A esto se reducía la compensación que el Austria ofrecía á la Francia, y medítandolo bien, ocurrió al mismo Kaunitz el temor de que el gobierno de Versalles cayera en la cuenta de que el negocio planteado así, era demasiado ventajoso para el Austria y demasiado mezquino para inducir á la Francia á renunciar á su política de dos siglos, y á pagar además crecidos subsidios.

No anduvo errado Kaunitz. Despachado el correo con las proposiciones el 21 de agosto, fueron entregadas el 29 en manos del embajador austriaco en Paris, conde de Starhemberg, y el 19 de setiembre recibió el gabinete de Viena la contestación que venía á ser en el fondo una negativa redonda.

En las memorias y cartas (2) de Francisco Joaquin de Pierre de Bernis, entonces abate y despues cardenal, encontramos la relación de todo este negocio, relación tanto mas veraz cuanto que Bernis no solamente estaba mas enterado que nadie de este asunto en toda la corte de Versalles, sino que no oculta la parte que le cupo en el grandísimo pecado y en la caída moral del gobierno francés.

Cuarenta años tenia el abate cuando ocurrió el suceso que aquí narramos, el cual puso á prueba con brillante resultado el crédito que gozaba Bernis cerca del rey. Entonces la marquesa de Pompadour, á quien Bernis debía su influencia, se vió, por primera vez y por medio de este abate, en situación de prestar servicios diplomáticos á su antiguo amigo Kaunitz, de tomar afición á la política, y de elevarse á la altura de ministro principal del rey.

Francisco Joaquin de Pierre de Bernis nació el 22 de mayo de 1715 y era hijo menor de un capitán retirado del ejército. Su padre, descendiente de una familia antiquísima, vivía en su castillo de Saint Marcel en el Vivarais disfrutando y solazándose á su manera sin cuidarse de nada. Había dedicado á su hijo á la carrera eclesiástica, y este despues de haber hecho sus estudios de una manera sobresaliente en el

(2) Publicadas con autorización de su familia sobre manuscritos inéditos por FEDERICO MASSON con una introducción del mismo. Paris 1878.